

Es algo paradójico y trágico a la vez el que tantos cristianos hoy día se hayan apartado de su religión considerando que ésta no les dejaba vivir y acusándola de negar los grandes dinamismos de la existencia, entre otros la necesidad de expresarse y la sexualidad, que es una fuerza espiritual, aunque los hombres la degraden a través de su conducta particular. Se rechaza la Iglesia por ser opresora y, al mismo tiempo, se rechaza el cristianismo “para poder vivir”. Pero basta con abrir los ojos para comprobar que, con la Iglesia o sin ella, los hombres están cada vez más divididos y frustrados, cada vez menos felices, incluso en las sociedades en las que reina la opulencia y la libertad. Bien lo saben los que tienen un contacto íntimo con su prójimo, como los psicoterapeutas ateos o los sacerdotes.

Las doctrinas tradicionales consideran como “dormidos” o hasta como “muertos” a los seres que no han descubierto la esencia inmutable de su ser. De ahí vienen las palabras tan duras de Cristo: “Sígueme, y que los muertos entierren a sus muertos”<sup>1</sup>. En realidad, para cualquier espiritualidad, las palabras vida y muerte no tienen el sentido habitual de nacimiento y de defunción. La muerte es la condición ordinaria del hombre, aunque haya llevado a bien su existencia: muerte del alma privada de la gracia o de la luz y muerte del cuerpo que no está vivificado por las energías divinas. Frente a esa muerte interior, lo que llamamos muerte, es decir, separación del alma y del cuerpo, pierde su importancia. La verdadera muerte es la separación del alma y de Dios –o de la Realidad suprema tal como su tradición se la presenta a cada uno–.

Al revés, el lenguaje esotérico presenta también la idea de muerte pero con una concepción totalmente diferente. El Evangelio es la enseñanza de una muerte a sí mismo con vistas a lograr un nuevo nacimiento. En él la palabra “muerte” se repite muchas veces, “nacimiento” también, así como “velar”. Pero la palabra más importante, que abarca a la vez nacimiento y muerte, es la de “Vida”. Cristo exalta la vida bajo todas sus formas, la vida natural y sobrenatural, la vida física, psíquica y mística. Hace un llamamiento a la vida, recuerda las leyes que la rigen en el sentido más fuerte, más completo, más profundo de la palabra, la vida superabundante, la vida eterna, la vida divina. ¿No es de lamentar que esa enseñanza se experimente tan a menudo, colectiva e individualmente, en nuestro mundo actual, como una doctrina contraria a la vida y hasta capaz de paralizarla en nombre de una beatitud para después de la muerte? No consideréis el cristianismo sólo como una doctrina que proyecta una perspectiva en el futuro, después de la muerte, o en el día del Juicio final, sino como la promesa de la plenitud de la vida aquí y ahora. Si volvéis a leer el Evangelio con una mirada nueva, estaréis maravillados y hasta os preguntaréis cómo pudisteis encontrar el cristianismo agobiante, frustrante o alienante, cuando existe en él tal mensaje de libertad que resplandece en cada parábola, en cada respuesta de Cristo.

La realidad más valiosa para vosotros, para cada uno individualmente, con sus problemas, sus desesperaciones, sus esperanzas, es que Cristo no fue medio hombre y medio Dios, como algunos héroes de la Antigüedad, sino cien por cien Dios y cien por cien

---

<sup>1</sup>. Mateo 8, 22.

hombre. “Dios se hizo hombre para que el hombre pudiera hacerse Dios.” Antes de hacernos Dios, Cristo empieza por hacernos hombre. Para ser verdaderamente hombre –o verdaderamente mujer– podemos apoyarnos en el Evangelio considerándolo como un manual de vida en que volvemos a descubrir lo que tal vez hayamos admirado en algunas frases de los grandes sabios y maestros espirituales de las otras tradiciones.

Por último, volved a leer los Evangelios dejando de lado esa especie de malestar cristiano referente a la relación hombre–mujer y a la sexualidad. Encontraréis en las epístolas de san Pablo unas palabras que algunos calificarían sin vacilar de falócratas y bien sabemos que la tradición judeocristiana consideró a Eva como la responsable de la caída de la humanidad entera. Sea cual sea el papel que se le dió posteriormente a María, que fue quien llevó a Jesús en su propio seno, cierto cristianismo ha fomentado un ambiente de recelo con respecto a la mujer y, aparentemente, de condena de la sexualidad. Pero si olvidáis todo lo que desafortunadamente os han enseñado y dicho, veréis, al contrario, qué posición tan magnífica dan los Evangelios a la mujer y observaréis igualmente que no contiene ninguna condena de la fuerza de vida ni del éxito personal. El Evangelio nos propone una transformación a la que se ha llamado la deificación del hombre al recobrar la semejanza perdida con su Creador. Pero ¿cómo podríamos ser “perfectos como nuestro Padre celeste es perfecto” si antes no somos plenamente hombres? Nos debemos preguntar a partir de qué tipo de malentendido un mensaje de vida y de plenitud pudo parecernos como una religión de alienación en este mundo en nombre de una salvación después de la muerte. Si esta humanidad de Jesús, vivida de una manera divina y trascendente, os salta a la vista y os maravilla, os sentiréis reconciliados con vosotros mismos como seres humanos. Pues es una de las tragedias del cristianismo la de haber insistido tanto en la naturaleza destituida del hombre y en el pecado original, impregnándonos poco a poco así de un complejo de inferioridad desalentador. No echéis una mirada demasiado severa sobre vuestra propia naturaleza, puesto que el Evangelio rehabilita por completo esta misma naturaleza humana, con tal de que ésta ya no se viva en el conflicto, la mentira y la esclavitud a nuestras emociones. Se trata pues de una doctrina antes que nada liberadora, familiar y actual, aunque se haya enunciado hace dos mil años. Ojalá este enfoque os dé la esperanza de descubrir nuevamente un cristianismo del que os hubierais separado.